

Cristina Prieto Solano

Todo lo que **NO** es fingir



Todo lo que no es fingir

Cristina Prieto Solano

atchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Cristina Prieto Solano, 2024. Autora representada por IMC, Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Eva Cornejo Cobra / Shutterstock

Primera edición: abril de 2024

ISBN: 978-84-08-28619-6

Depósito legal: B. 4.267-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.





«El alma, como el cuerpo, bien arriba entre las nubes.»

Jana agarra el regalo de sus padres con una sonrisa de oreja a oreja plantada en la cara. Es una lámina para que cuelgue en su nueva casa, ahora que (por fin) se independiza. Alza los brazos para abrazarlos con fuerza, estrujándolos a la vez.

Cuando firmó el contrato de trabajo, visualizó en su cabeza la imagen que en este momento se presenta ante sus ojos, aunque quizá no era exactamente así: esperaba un gran salón separado de la cocina y un apartamento de más de treinta y cinco metros cuadrados. Sin embargo, había acabado primando, a la hora de tomar la decisión, la cercanía a sus amigas y al centro de Madrid, y no tener que gastarse todo su sueldo en el alquiler. Se acabó resignando a vivir en un pequeño espacio cerca de Tirso de Molina. Bien céntrico y bien pobre, pero con la cabeza siempre alta. En las nubes, ¿no?

Desde que se empeñó en convertirse en azafata de vuelo, el comentario que más había recibido, con diferencia, era que le pegaba. Precisamente porque siempre ha sido la típica chica alegre con la cabeza justo en las nubes. Y, si hubiera algo más arriba, es probable que se la encontraran allí bailando como si le fuera la vida en ello.

Jana es una supernova, un volcán en erupción continua. Salta y baila por la vida en lugar de caminar y así es cómo le gusta disfrutar del camino. No podía tener un trabajo que no tuviera que ver con las alturas, con viajar y descubrir, porque no hay cosa que le flipe más que un nuevo puerto en el que gastar las suelas. Si te despistas, se ha esfumado y es probable que la esté liando por ahí, y si parpadeas muy fuerte, ten cuidado, porque te la pierdes. Y está orgullosa de ser así.

Lo que peor lleva de su recién estrenado trabajo es eso de maquillarse todos los días. Ella, que se levanta con los ojos pegados (aunque con una sonrisa radiante), tiene que hacer un esfuerzo sobrehumano por no clavarse la máscara de pestañas en el ojo y, después, por no parecer un mapache durante el resto de la jornada por frotárselos sin querer. Lo que mejor lleva, por el contrario, es el buen rollo con los compañeros, a los que ya considera amigos a pesar de conocerlos desde hace apenas dos meses. Incluso con los que ha coincidido solo una vez volvería a quedar para tomar algo si es que no lo ha hecho ya.

Hay un ambiente de colegueo y de ganas de pasarlo bien sin preocupaciones que la tiene hipnotizada. «Puede que este trabajo me lleve esperando toda mi vida», reflexiona mientras coloca la lámina en su flamante sitio, encima del pequeño mueble de la minúscula televisión que ya venía con el piso.

—Estamos muy orgullosos de ti —le han dicho sus padres antes de marcharse esta noche, y no hay palabras que le puedan sentar mejor.

Ella también se siente orgullosa de lo que ha conseguido. El curso, el empeño y las ganas han acabado obteniendo un gran premio: su independencia. Y es que salir de fiesta desde casa de los padres está bien (sobre todo, si no son demasiado controla-

dores, como es el caso), pero no se puede ni imaginar lo que debe ser tener plena libertad, a los veintitrés años recién cumplidos, para hacer lo que le salga del mismísimo toto.

Toto que, por cierto, también se va a llevar unas cuantas alegrías... o eso espera.

Su vida acaba de empezar, por decirlo de alguna manera.

«O, más bien, acaba de despegar.»



Han pasado muchas cosas desde aquel vuelo de prueba. Y parece increíble que todas ellas se engloben en tan solo un mes y medio, pero ahora mismo Jana vive el proceso de firmas como si llevara haciéndolo desde que nació.

Una hora antes del vuelo, los tripulantes de cabina de pasajeros, los TCP, se reúnen para repasar varios aspectos y la documentación necesaria. Es uno de sus momentos favoritos de la chica: cuando ya se ha relajado porque ha podido llegar a tiempo y va saludando a sus colegas... y fichando a quien le parece interesante, claro.

Después del *briefing* (donde les indican datos importantes como si hay bebés, mujeres embarazadas, personas en silla de ruedas o niños que viajan solos), el comandante repasa los elementos de seguridad y salvamento (siempre los mismos, ya le resulta un poco rollo a pesar de llevar más bien poquito), el TCP al mando reparte las posiciones para el vuelo y se abordan temas como la previsión meteorológica y la duración del viaje, aunque Jana comienza a saberse ya la duración de ciertos trayectos que le han tocado varias veces.

En general, cualquier momento previo y posterior al em-

barque, ella lo disfruta mucho. El embarque, sin embargo, es lo peor. Si en algún instante de tu vida has pensado que la gente es idiota, trabajar de azafata en un embarque te lo confirma sin lugar a dudas.

—Es como si les habláramos en chino, tía —le dice María, una de las compañeras que entró con ella, con apenas unos días de diferencia, y con la que coincide bastante—. Te miran como si no comprendiesen las palabras que salen de tu boca.

—Yo vocalizo bien, ¿no? —se preocupa Jana, frunciendo el ceño.

—Vocalizas de puta madre, pero no se puede hablar con quien no quiere escuchar.

—Amén.

El embarque es una buena representación de la vida, porque todo el mundo está tan perdido como si acabara de nacer, los consejos les entran por un oído y les salen por el otro y en general, nadie tiene nada claro pero lo que sí que tienen es muchísima prisa.

Casi le dan ganas de cerrar los ojos y hacerse a un lado, disimuladamente, hasta que pase y poder volver a esa calma que le produce volar. Porque volar es una cosa y sobrevolar gilipollas, otra bien distinta.

De lo que no tiene ni idea es de que, en apenas un par de vuelos, se va a encontrar con el gilipollas más duro de todos. Y lo muchísimo que eso le va a cambiar la vida.

Mientras tanto, le quedan aún un par de trayectos, ida y vuelta a Ámsterdam, que es una de las líneas más cotizadas dentro de su compañía. Y esto es porque llegan el sábado a las once, tienen todo el día para visitar la ciudad y hacer turismo, y se marchan el domingo poco antes del mediodía, tras haber dormido y desayunado... si es que tienen intención de dormir.

Y por lo que ha estado oyendo de la tripulación de ese día... parece que se va a hacer de todo menos eso.

Cuando le queda algo de tiempo libre entre sus obligaciones, y esperando a que le toque llevar el carrito de la comida, le hace un gesto a María para que vaya con ella a la parte trasera del avión. Una vez allí, se apoyan contra las estanterías llenas de diferentes *snacks* y bebidas para comenzar con el cotilleo.

—Vale, ¿qué te parece el piloto? —le dice María, con los ojos brillantes.

—Mayor —se limita a contestar, con una sonrisa.

—Todos son mayores. Este no lo es tanto.

—Tía, podría ser tu padre.

—O mi papi.

Jana forma una mueca de asco, aunque en broma, y contra-ataca.

—Yo al que veo bien es al sobrecargo.

—Tiene una edad aburrida.

—Con edad aburrida, ¿te refieres a menos de cien años más que nosotras?

—A solo unos diez más. No le ha dado tiempo a vivir nada interesante.

—Y tú, entonces, ¿qué has vivido?

—Yo estoy buscando cosas que experimentar, nena, por eso no me valen los jovenzuelos. —Le guiña un ojo y Jana echa la cabeza hacia atrás, consumida por una carcajada estruendosa.

No tiene muy claro si está bien visto el descojonarse de aquella manera, pero espera que se confunda con la cháchara de alguno de los pasajeros para que no le llamen la atención.

Siempre ha sido capaz de librarse de las broncas con una buena sonrisa, pero preferiría no tener que recurrir a sus «habilidades» tan pronto en el nuevo trabajo.

—¿Qué planes tienes para el domingo, por cierto? ¿Te apetece ir al cine? —pregunta María cuando se le pasa la risa.

—Depende, ¿qué película quieres ver? Porque, si es de miedo, paso, que me cago encima.

—Ni de coña una de miedo, tía —niega categóricamente, muy seria y barriendo el aire con una mano—. Yo la que quiero ver es la nueva de Ulises González, la de...

—*¡Un amor desesperado!* —completa Jana, sin poder evitarlo y dando un saltito—. Sí, sí, sí, sí. Vamos. De cabeza. Me apunto. Estoy dentro.

—Joder, nena, no he visto a nadie tan entusiasmado desde que a mi sobrino le dijeron que iba a salir el nuevo Pokémon —se mofa María, aunque esboza una sonrisa.

—Es que me flipa ese actor, tía. Es mi amor platónico. Estamos destinados a estar juntos, solo que él todavía no lo sabe.

—Claro, claro. La verdad es que está cañón.

—Y tanto. Y más. Y todo —asiente enérgicamente, muy seria—. Iba a ir a ver la peli hoy, pero nos han puesto esta línea y claro...

—Pues perfecto, porque a mí no me quiere acompañar nadie. Mis amigos dicen que sus pelis son una mierda.

Pone los ojos en blanco, como si se estuviera imaginando esa reprimenda otra vez.

—Eso es porque no tienen ni puta idea.

Y con esa afirmación en común, vuelven a sus respectivas tareas. A veces, entre tanto palique, se les olvida que, en efecto, están trabajando. Esa es una de las cosas que precisamente más les gusta: poder encontrar esos oasis en medio del estrés laboral.

Eso, y la fiesta que promete Ámsterdam esa noche.



Han llegado al hotel y, aunque está derrotada, la perspectiva de tomar algo, descubrir una nueva ciudad y apoderarse de ella le recarga las pilas, como siempre le sucede. Se da una ducha rápida, cambia el uniforme por unos pantalones y una blusa azul marino que le resalta el mismo color de sus ojos y se calza unas sandalias con cuña que, está convencida, acabarán siendo una mala idea si al final se pone a llover.

María está esperándola en el vestíbulo del gran hotel en el que han alojado a toda la tripulación. Ya en el trayecto en el autobús de la compañía han quedado todos en reunirse en uno de los bares cercanos, que al parecer es el habitual para los que ya llevan un par de líneas a Ámsterdam. Es probable que los demás lleguen más tarde y ellas lo saben, pero han resuelto que, de ser las primeras, marcarán una avanzadilla envidiable.

Su compañera (aunque ya se atreve a llamarla mentalmente «amiga») está despampanante. Lleva un vestido ceñido de color negro que le enmarca las voluminosas curvas y un maquillaje vistoso que a Jana le encantaría poder hacerse algún día.

«Ya le pediré que me enseñe», se apunta mentalmente mientras chocan las manos.

—¿Preparada para partir Ámsterdam? —dice María, guiñándole un ojo.

—Evidentemente, amiga.

El bar es español. Eso les hizo mucha gracia cuando se enteraron, pero es que la decoración no tiene desperdicio: dibujos de flamencas enormes cubriendo las paredes y una especie de sevillana sonando por los altavoces (o eso creen, porque la música está extraordinariamente baja para su gusto). Los camareros hablan español, sí, pero desde luego que no son nativos.

Aunque hay uno que...

—¿Has visto al del pelito largo? —susurra Jana cuando ya les han tomado nota.

—¿Cuál? ¿El bajito?

—No, tía. El otro. Ese. —Señala con la cabeza, y luego alza las manos—. ¡No mires ahora!

—Tarde. —Chasquea la lengua, con una sonrisa y la cara vuelta en su totalidad hacia el camarero que señalaba Jana—. Joder, es guapo.

—Me extraña que te lo parezca siendo tan joven.

—Eso es porque está especialmente bueno. Podría hacer una excepción.

—Me lo suponía...

Jana sonríe con ganas. No sabe si alguna de las dos conseguirá llevarse al hotel al camarero buenorro esa noche, y la verdad es que le daría igual que fuera María en lugar de ella. No es una chica celosa, ni suele tener problemas de autoestima, así que es capaz de alegrarse si una colega se lleva una alegría. Para mucha gente de su alrededor, este rasgo suyo es rarísimo y les cuesta entenderlo, pero para ella es tan natural como respirar.

No tardan mucho en llegar los demás: el sobrecargo, los dos pilotos y dos azafatas más. El resto de la tripulación ha decidido no unirse a la fiesta... probablemente porque saben a la perfección lo que va a pasar.

Cuando llega la segunda ronda de cervezas, el sobrecargo (Juanjo) intercambia una mirada con Jana que ella corresponde con una sonrisa.

En la tercera, el hombre aprovecha que María va al baño para quitarle el sitio y sentarse a su lado. Jana piensa en ese momento, mientras charla con Juanjo de nada en particular y se

ríe a carcajadas, que el camarero está bueno, pero que se lo deja a María de mil amores. Todo para ella.

—Tienes unos ojos preciosos... —le susurra el sobrecargo en ese momento, inclinándose para rozar su oreja con los labios.

—Algo así me han dicho. —Ella sonríe, de guasa—. Los tuyos tampoco están mal.

—No tienen nada de especial, pero es que tus... Joder, no es solo el azul, es que brillan con luz propia.

Jana se muerde el labio inferior mientras absorbe el piropo y alza la cabeza para encontrarse a Juanjo muy cerca de ella. Por un segundo, el hombre parece nervioso y eso la enciende. Le gusta sentirse con poder, deseada, única... aunque sea por un rato, porque es consciente de que mañana podría ser otra a la que mirase con ese fuego.

—Voy a pedir otra, ¿quieres algo?

—No, estoy bien —contesta ella mostrando su cerveza aún a medio beber.

Alza los ojos para observar a Juanjo cuando se levanta y le pega un buen repaso a su trasero, que no está nada mal. A su lado se sienta uno de los pilotos (el joven) apenas dos segundos después. Tiene el pelo rizado y claro un poco alborotado cubriéndole algo los ojos, y los labios muy finos apretados en una sonrisa.

—Qué, ¿ligando? —Son sus primeras palabras.

Diría, de hecho, que es la primera vez que siquiera intercambian alguna. Jana alza las cejas, divertida. Nunca le han molestado demasiado las preguntas personales.

—Más o menos. Depende. —Se encoge de hombros, misteriosa, y da otro trago a la cerveza sin perder de vista al piloto.

Cree recordar que se llama Bruno, pero no está segura.

Apunta mentalmente preguntárselo a María más tarde para confirmarlo.

—Yo tendría cuidado con Juanjo, es toda una leyenda en la compañía.

—¿Una leyenda?

El supuesto Bruno (nombre aún por confirmar) esboza una sonrisa de medio lado y deja caer el brazo libre por detrás de la silla de madera.

—Claro, ¿no has oído nada sobre él?

—Llevo poco en la compañía. —Se vuelve a encoger de hombros—. Aún no lo sé todo sobre todo el mundo.

—Aún —repite él, y sonrío de nuevo, esta vez con ganas—. Pues es una leyenda por muchos motivos, pero uno de ellos es que se quita el anillo justo antes de entrar en cabina.

—¿El anillo...? —pregunta Jana, confusa y frunciendo el ceño.

El compendio de normas TCP, un tostonaco de casi doscientas páginas que se tuvo que leer durante su formación, le sobrevuela la mente como si también estuviera lleno de azafatas. Se acuerda de que había restricciones en los anillos que se pueden llevar a bordo, pero, que ella recuerde, solo están prohibidos los del pulgar y los del meñique...

Justo en ese momento, Bruno (sí, vamos a llamarlo así) se levanta porque Juanjo vuelve de la barra con una jarra de cerveza casi del mismo tamaño que su sonrisa. Aún de espaldas al sobrecargo, el piloto alza la mano izquierda y se señala con la otra el dedo anular, alzando varias veces las cejas.

Jana lo entiende de golpe, a pesar del alcohol que empieza a predominar en su flujo sanguíneo.

«Oh... —piensa, y asiente en dirección a Bruno—. Así que ese es el percal...»

No va a negar que, si no se hubiera enterado y simplemente

hubiera sospechado algo... bueno, depende del calentón del momento y de lo bien que se portase Juanjo, puede que hubiese hecho la vista gorda. Ah, y también por las cervezas, claro. Muchas cosas dependen de las cervezas que lleve en vena.

Pero, desde luego, nunca le ha gustado ser la amante de nadie cuando a ese alguien lo esperan en casa con ilusión, así que, en cuanto Juanjo se sienta a su lado, esboza una sonrisa un tanto siniestra antes de aceptar la jarra que le tiende... sin dejar de pensar en que no se la ha pedido.

—¿Todo bien, preciosa?

—Oh, todo estupendamente. —Sonríe de nuevo—. Estaba charlando con Bruno, parece majó.

—Ah, Bruno... —Lo mira de reajo, con disimulo—. No me han dicho cosas muy buenas de él. Dicen que es un metemierda.

—¿Sí? —Se hace la sorprendida, aunque dentro de lo que cabe esa reacción no le extrañe en lo más mínimo—. ¿En plan?

Juanjo baja la mirada y Jana se pregunta por qué ahora no es capaz de mirarla a esos ojos que antes estaba alabando tanto.

—Que se inventa cosas y demás, no sé. No es de fiar.

—Ah, ¿en plan que es un mentiroso, dices?

Asiente con energía, aún contemplando su jarra, y luego levanta la vista como si él mismo se obligara a ello.

—Entiendo... —La chica alza la mano libre para colocársela en la barbilla y frotársela, pensativa.

No va a negar que le encantan esos momentos en los que saborea lo que va a pasar antes de que suceda. María le hace un gesto con su propia copa desde el otro lado de la mesa y Jana levanta su jarra, distraída y haciéndole un gesto pidiéndole que espere a su amiga.

«Espérate, nena, que ahora suelto la bomba y estoy contigo», piensa relamiéndose.

—Entonces, ¿no estás casado ni nada de eso, no?

La expresión de Juanjo es como para pintarlo en un cuadro y dejarlo colgado en la pared de ese bar de Ámsterdam para toda la eternidad. Palidece y, cuando alza la cabeza para chocar los ojos con los suyos, los tiene muy abiertos.

«Qué jodido es eso de que te pillen, ¿verdad?», se mofa Jana, y esboza una sonrisa.

El sobrecargo no es capaz de decir nada, así que la chica asiente y se levanta, apoyándose en la jarra que sigue sujetando y que está sobre la mesa.

—Ya decía yo. Venga, que te cunda mucho la cerveza, Juanjo. Un placer.

Da una palmada leve en la superficie, a su lado, y pasa por detrás de su silla como si nada. Llega al lado de su amiga, que la está esperando con mirada interrogante.

—¿Qué acaba de pasar?

—Que está casado, tía.

—¡No me jodas!

—Como lo oyes. Menos mal que me ha avisado Bruno.

María se limita a asentir varias veces y a apartarle la silla que tiene al lado para que se siente con ella.

—Pues sí, menos mal. Vaya capullo.

—De esos está lleno el sector de la aviación, ¿eh? No podemos decir que no nos habían advertido.

—Aun así, menudo gilipollas.

—Que le jodan. —Se encoge de hombros—. Y tú, ¿qué? ¿Cómo van las cosas con el camarero?

—Fatal, tía. Ni puto caso me hace.

—No tiene buen gusto, pobre.

—¿Verdad? Eso mismo pienso yo.

Y con una sonrisa, alza su copa de vino para estampar-

la, quizá más fuerte de lo necesario, contra la jarra de su amiga.



Al final, ninguna de las dos ha conseguido llevarse al hotel al camarero. Ni al camarero ni a nadie, vaya. Y eso que ha habido un momento, a las cinco de la mañana y ya con demasiado alcohol en el cuerpo, que sus estándares habían bajado más de la cuenta. Jana se había dejado rondar por Juanjo, bajo la atenta mirada de Bruno (quien no le quitaba ojo) y rodeada de las risas de María, que se dejaba agasajar por dos holandeses enamorados tanto de España y de todo lo que el país contiene (en general) como de la chica (en particular).

El caso es que finalmente se han agarrado del brazo y han tomado la resolución conjunta de irse solas. O, más bien, la una con la otra. Que no van a follar, pero, al menos, tampoco van a arrepentirse de nada al día siguiente. Dentro de lo que cabe, no está mal.

Jana mete a María en su cama, esquivando los ochocientos besos babosos de la que ya considera su amiga (las circunstancias han dado el visto bueno) y sale de la habitación procurando hacer poco ruido.

Con el picaporte aún en la mano, sonrío para sí. Está muy contenta de dónde está y con quién está, y con ese pensamiento hinchándole el pecho se mueve para dirigirse a su propia habitación, situada apenas a dos puertas a la derecha.

No obstante, en cuanto enfoca la vista se encuentra con la silueta de Juanjo, en medio del pasillo y con expresión divertida.

«No me jodas —farfulla mentalmente Jana—. Estoy demasiado pedo como para manejar esto bien.»

Su nivel de borrachera le ha permitido por los pelos meter a su amiga bajo las sábanas, pero desde luego que no está como para discernir sobre lo que está bien y lo que está mal. Lleva toda la noche con un calentón importante (culpa, en buena parte, del mismo Juanjo, que está plantado ahora mismo ante ella) y no se caracteriza por ser la mejor a la hora de tomar buenas decisiones.

Se obliga a coger aire profundamente.

—¿Juanjo? ¿Qué haces aquí?

—Vengo a por ti, linda.

«Linda» nunca ha sido uno de sus apelativos favoritos, tiene que reconocerlo. Pero a Juanjo no le queda tan mal en los labios. Se pregunta si habrá otras cosas que tampoco le queden mal...

Avanza un par de pasos en su dirección porque, al fin y al cabo, su habitación está ahí y tendrá que irse a dormir, ¿no? En su mente eso tiene mucho sentido.

El pasillo está casi a oscuras, y la silueta de Juanjo se le antoja grande, como si lo cubriera todo. El hombre espera con paciencia a que Jana llegue a su altura y luego alza los brazos para acariciar los suyos con las palmas de las manos. Despacio. Muy despacio.

Jana se permite cerrar los ojos durante un segundo, disfrutando la sensación. Eso le indica que está aún más borracha de lo que creía.

—¿Me invitas a pasar? —ronronea el sobrecargo, acercando los labios a su oído.

—Hummm... —alcanza a responder ella, aún en medio de esa nube que parece envolverlos a ambos.

Su tacto es tan agradable y follar sería tan satisfactorio y sencillo... Están ahí los dos, solos, nadie tiene por qué enterarse. Un polvo y cada uno con su vida.

Ella no le debe nada a nadie, ¿no?

Juanjo acaricia el lóbulo de su oreja con los labios y ella se estremece mientras nota cómo baja hasta su cuello y deposita ahí un beso. Luego otro, y luego su lengua se une para sacarle un escalofrío.

—Juanjo... —protesta Jana, ya casi sin aliento.

—No pienses en nada, linda. Déjate llevar.

Ella suspira y echa la cabeza hacia atrás mientras él sigue con sus besos. Al mismo tiempo, nota cómo la mano masculina baja por su espalda hasta llegar a agarrarle el trasero. Con fuerza, con propiedad. Y luego, el susurro en su oído de nuevo:

—Tú y yo lo vamos a pasar bien.

Un fegonazo la sacude de golpe, como si fuera su propio cuerpo advirtiéndola.

«No —se instaura en su mente, una única verdad que lo cubre todo—. Esto no debería estar pasando.»

Se separa con toda la suavidad de la que es capaz y le apoya la mano en el hombro, para detenerlo lo antes posible.

—Buenas noches, Juanjo.

—Jana...

—He dicho que buenas noches.

La última frase no le ha quedado tan dura como le habría gustado, pero al menos está ahí. Sin decir nada más, saca la tarjeta del bolsillo trasero de sus pantalones y abre la puerta de su habitación, dejando a un pasmado Juanjo al otro lado.

Cuando cierra tras de sí, suspira. Le empieza a doler la cabeza, así que debería beber agua. Mientras se acerca a la pequeña neverita cortesía del hotel, donde siempre les dejan un par de bote-

llas, una parte muy específica de su cuerpo se lamenta de haberse quedado sin compañía.

«¿Qué mal podría hacer?»

Pero si algo ha aprendido en esos últimos años es que, una persona que de manera consciente engaña a su pareja, y además se vanagloria de ello, es la última a la que quieres invitar a tu cama.

Ser egoísta es un trabajo que ocupa todos los aspectos de tu vida, y follarse con tíos egoístas... probablemente sea la peor experiencia de la suya.

Así que se pone el pijama y se tumba en la cama, casi llorando al darse cuenta de las menos de cuatro horas de sueño que le esperan. Está jodida, pero se le pasará. Tampoco tiene demasiadas ganas de comprobar cómo se porta Juanjo con ella en el vuelo de vuelta, pero supone que es algo que viene con el trabajo.

Debería sentirse satisfecha porque al final ha dejado que la dignidad y lo correcto ganen. Está más sola que la una y con un calentón del quince, pero sin remordimientos.

«Al menos, mañana voy a ver la nueva película de Ulises González —se dice para consolarse—. Tendrá que valer con eso.»